



EGIDO, Aurora: *La búsqueda de la inmortalidad en las obras de Baltasar Gracián*, Zaragoza, Institución Fernando el Católico, 2014, 358 págs. ISBN: 9788499112770.

Eduardo Torres Corominas
Universidad de Jaén

Con motivo de su reciente recepción en la Real Academia Española el pasado 8 de junio de 2014, la profesora Aurora Egido pronunció, en solemne acto público, un memorable discurso de ingreso en el que, bajo el título *La búsqueda de la inmortalidad en las obras de Baltasar Gracián*, recorrió íntegramente la producción literaria del belmontino, figura a la que ha dedicado una parte sustancial de su carrera investigadora. En dicha lección, presentada después en forma de libro –este que ahora comentamos– la profesora Egido repasa, desde *El Héroe* a *El Criticón*, la trayectoria de Baltasar Gracián tratando de ofrecer una visión integrada y articulada de su obra a partir de ciertos elementos recurrentes –como el bivio heraclida o la Y pitagórica– que, a modo de constantes literarias, jalonan un variado *corpus* orientado en su conjunto al perfeccionamiento del hombre a través de la prudencia. La excelencia en este arte de vivir aprendido a lo largo de un arduo proceso educativo –encarnado por Andrenio en *El Criticón*– será, en última instancia, lo que permita a los individuos –héroes, políticos, discretos, prudentes o ingeniosos literatos– alcanzar la isla de la Inmortalidad, máximo reconocimiento para quienes, tras atesorar grandes méritos en vida –en armas, letras o buen gobierno– no merecen caer en el olvido llegada la muerte. Así nos lo recuerda la autora en las últimas páginas del libro, atalaya desde la que se contempla con asombrosa claridad el curso de una obra encaminada desde sus comienzos a este propósito, tal y como demuestran elocuentemente los rasguños dejados en el manuscrito de *El Héroe* por la pluma del jesuita aragonés.

La estructura del presente volumen, por consiguiente, está concebida para responder a esta intención, de modo que, una a una, las obras de Baltasar Gracián reciben tratamiento particular en los sucesivos capítulos siguiendo un riguroso orden cronológico que permite reconstruir cabalmente su evolución literaria –tópicos, géneros y conceptos– a lo largo del tiempo. Este orden lineal, nítidamente trazado

por la progresión de los primeros siete capítulos, sufre algunas alteraciones, no obstante, a partir del octavo, cuando Aurora Egido, antes de acometer propiamente la lectura de *El Criticón*, detiene el paso para tratar por extenso algunos aspectos cruciales concernientes a su génesis. Así las cosas, el primer bloque se inicia con un capítulo introductorio de importancia capital, “Gracián *in bivio*”, al que siguen otros seis por los que desfilan, sucesivamente, *El Héroe*, *El Político*, *El Discreto*, el *Oráculo manual*, la *Agudeza* y, finalmente *El Comulgatorio*, que adelanta su posición en la secuencia temporal para despejar el camino de *El Criticón*, con cuyo extenso comentario –más de la mitad de la obra– quedará clausurado el estudio. Al análisis de la novela alegórica se consagran, pues, los cinco capítulos finales, que constituyen un bloque con personalidad propia claramente diferenciado del resto. De los mismos, los tres primeros –“Laberintos del mundo y del lenguaje” (cap. VIII); “Los motivos del salvaje y el camino de la sabiduría” (cap. IX) y “La letra de Pitágoras y las alegorías cristianas” (cap. X)– sirven como aproximación preliminar al comentario, pues preparan el terreno para que en el XI, “*El Criticón* y las edades del hombre”, el análisis pormenorizado de sus tres partes adquiera plena significación y pueda ser rematado certeramente en el XII, “El enigma de la inmortalidad”, donde se interpreta el final abierto de *El Criticón* y se dibuja una visión panorámica de la producción graciana a la luz del sorprendente colofón de su obra magna.

En el primer capítulo, “Gracián *in bivio*”, se encierran –como dijimos– algunas de las ideas clave que articulan el ensayo, pues entre sus páginas quedan definidos el eje temático y la perspectiva de lectura que permitirán a Aurora Egido recorrer la obra de Baltasar Gracián sin perderse en el laberinto de su variedad. En ese sentido, resulta esencial el concepto de “bivio” (“entre los dos caminos”), dibujado por la Y pitagórica, que representa simbólicamente la matriz de toda la filosofía moral clásica, pues en su doble vía quedaba encriptada la posibilidad de elegir –sea cual fuera la circunstancia– entre un camino angosto y difícil, señalado por la razón, que permitía alcanzar la felicidad por medio del fatigoso ejercicio de la virtud; y un camino ameno y fácil, dominado por los impulsos corporales y el deleite, que a través del vicio conducía engañosamente a la infelicidad. A partir de este esquema fundamental, reelaborado una y mil veces por el genio literario del jesuita, la obra de Baltasar Gracián se descubre –y así lo explica la autora– como una auténtica *paideia*, esto es, como un *corpus* orientado en su conjunto a educar al hombre, al lector, en la sabiduría, con el fin de que aprenda a descifrar el mundo y escoja, a la postre, el mejor camino en la carrera de vivir. Un camino que habrá de permitirle sobrevivir en un universo hostil lleno de peligros, merecer el aplauso de los otros, disfrutar de una cierta felicidad y, finalmente, alcanzar la inmortalidad por medio de una fama labrada a través del mérito. Como recuerda la profesora Egido, precisamente este aspecto, la búsqueda de la inmortalidad como fin último de las acciones humanas, establecía una decisiva diferencia con respecto a la tradición filosófica occidental –de Aristóteles en adelante– en cuyo seno los distintos autores ofrecían siempre el fruto de su experiencia y de sus meditaciones en pro de la felicidad, esa Felisinda que, sin embargo, se evapora en las postrimerías de *El Criticón*, sorprendiendo a los lectores y proyectando retrospectivamente nueva luz sobre el resto de la producción graciana. Conociendo, pues, el punto de llegada, Aurora Egido emprenderá la revisión de cada texto, mostrando cómo, en realidad, todos ellos conformaron una

única obra total, cuyo nexos fue precisamente ese fin último, la búsqueda de la inmortalidad, al que unos y otros tendieron a pesar de la diversidad de sus respectivas formulaciones literarias.

Aquella trayectoria se inicia con *El Héroe* (1639), al que está dedicado el segundo capítulo, donde el belmontino convirtió las reglas de la razón de Estado en las de la razón de Estado de uno mismo y ofreció un espejo para todo aquel que aspirase a ser héroe máximo. Esta figura egregia, prominente por el buen manejo de un acero, un cetro, una pluma o una vara, caminaba ya en pos de la inmortalidad por la vía de la excelencia, que habría de alcanzar añadiendo a la naturaleza el arte en el desempeño de un amplísimo número de oficios. Por esta senda, Gracián desarrolló un concepto abstracto de heroísmo vinculado al ser persona, que trasladaba los antiguos modelos del héroe épico y del sabio al diario vivir, aproximándolos a muchos de sus lectores, tal y como explica certeramente Aurora Egido. Para los estudios sobre la Corte, no obstante, quizás lo más relevante sea constatar cómo, ya desde sus comienzos, el jesuita definió los perfiles del héroe moderno a la zaga de los modelos cortesanos, con Castiglione a la cabeza, ponderando atributos como la gallardía, el donaire, el brío, el despejo y otros primores en el hacer y en el decir propios del moderno *gentiluomo*, el arquetipo humano que había sucedido desde el Renacimiento al viejo caballero medieval en las más distinguidas cortes europeas, y que ahora, ya en pleno siglo XVII, extendía su ámbito de influencia a toda la sociedad política del Antiguo Régimen. De ahí que no sorprenda ni un héroe cortado a la medida de los salones y cámaras de palacio, ni la expansión de este modelo antropológico –en el que se aunaban las armas y las letras– entre los estamentos privilegiados, que reproducían a pequeña escala y por emulación –a causa de su prestigio– una forma de vida y un sistema de valores de ascendencia aristocrático-cortesana.

Todas esas virtudes fueron poco después encarnadas literariamente por un monarca, Fernando el Católico, quien, frente a la variedad de ejemplos de la obra anterior, singularizó con su figura en *El Político* (1640) las más diversas maximidades. En efecto –como recuerda Aurora Egido en el tercer capítulo, “La memoria eterna de Fernando el Católico”– el segundo texto graciano no representó –siguiendo las palabras de Uztarroz recogidas en los preliminares– sino una rama mayor desgajada de *El Héroe*, en la que el rey aragonés fue presentado a los lectores como “oráculo mayor de la razón de Estado”. De ahí que, frente a otros gloriosos monarcas y emperadores del pasado, sus hechos brillasen con luz propia erigido en espejo de príncipes por obra y gracia del belmontino, quien se adjudicó el papel de nuevo Séneca como educador del príncipe Baltasar Carlos. *El Político* mantenía así el sentido de *paideia* común a todas las obras del jesuita, con la particularidad de que en este caso era la historia la que se erigía en *magistra vitae*. En efecto, tal y como destaca la autora, a través de la etopeya de Fernando el Católico –forjado en el heroísmo en sus primeros años, valeroso en su mocedad y prudente en la madurez– Gracián ofreció un breve tratado educativo al príncipe heredero en el que, una vez más, el modelo de perfección era una conjunción de armas y letras, de valor y sabiduría. Una sabiduría práctica, en todo caso, siempre aplicada a las circunstancias, pues para el buen gobierno, el saber de los reyes debía ser útil, no erudito. Con ella, el jesuita aragonés se situaba, desde el punto de

vista antropológico y político, en las coordenadas del pensamiento moderno junto a Thomasius, Descartes y Justo Lipsio.

Al príncipe Baltasar Carlos está dedicado también *El Discreto* (1646), donde Gracián vuelve a buscar la fama al abrigo de sus destinatarios. En este caso será la discreción, apuntada ya en sus anteriores tratados, la que se convierta en arte nuevo a través de veinticinco realces que marcarán a la postre la pauta de *El Criticón*. Y es que, como apunta la profesora Egido, *El Discreto* supuso un avance decisivo en la trayectoria del jesuita: si por una parte ensanchaba los caminos a seguir para alcanzar la excelencia al considerar que los modelos de virtud encarnados por la nobleza podían ser emulados por cualquiera; por otra superaba las imágenes simbólicas de la doble vía o de los hilos de oro para circunscribir el problema –desde una óptica moderna– a la interioridad del hombre juicioso y selectivo: un hombre que duda, delibera y finalmente, elige. Para el común de los mortales, por tanto, está elaborado este arte de la elección, que, como en los tratados anteriores, se puede aprender en pos de la perfección y del aplauso universal, pues no solo se trataba de acertar por el camino de la virtud, sino de lucir ante los otros –siempre sin afectación– mediante una cuidada puesta en escena: “saber y saberlo mostrar es saber dos veces”, sentenciará lacónicamente el belmontino. En todo caso, como presagio de *El Criticón*, la felicidad parece reducirse a unos breves momentos de triunfo al calor de la Fortuna a causa del inexorable paso del tiempo y de la mutabilidad de todo lo que existe. “No hay más dicha ni desdicha que prudencia e imprudencia”, afirmará Gracián hacia el final de la obra, ya a las puertas del *Oráculo*. Del mismo modo, preparará el camino de *El Criticón* en el último realce, donde reparte la vida en tres etapas de aprendizaje a lo largo de las cuales la sabiduría, ya palabra en el tiempo, acompañará al hombre a través de sus distintas edades hasta el desenlace de la vida.

El abundante caudal de sabiduría atesorado por las primeras obras de Gracián, encontró en el *Oráculo manual y arte de prudencia* (1647) nueva formulación a través de trescientos aforismos donde el belmontino ofrecía de manera fragmentaria y quintaesenciada, como exigía la tradición paremiológica, un generoso elenco de sentencias de validez universal para uso de sus lectores. Quien llevase consigo este pequeño libro preñado de máximas juiciosas tendría en su mano una excelente brújula para salir a puerto en las más difíciles circunstancias, pues –como afirma Aurora Egido– en el *Oráculo* Gracián va trenzando de forma sutil no solo un arte prudencial, sino una moral de supervivencia que atiende constantemente a la relación del individuo con la sociedad. Pocas veces en la obra de Baltasar Gracián se hace, por tanto, tan evidente la utilización de la escritura para la consecución de fines prácticos, ya que en entornos de abierta competencia esta sabiduría aplicada constituía, en rigor, el principal instrumento de combate para todos aquellos que, una vez pasada la época de los enfrentamientos a espada en campo abierto, dirimían soterradamente sus diferencias en la escena social –en la *escena de la Corte*– mediante un refinadísimo arte donde la observación, la simulación y la disimulación eran imprescindibles a la hora de afrontar los más diversos lances, tal y como expusieron en sus trabajos clásicos grandes maestros como Norbert Elías o Amedeo Quondam. Por último, más allá del sentido general de *paideia*, en el *Oráculo manual* destaca la formulación literaria de tan añejos

principios, pues, como señala la autora, atenta siempre a los aspectos formales que condicionan el contenido, el estilo oracular –lacónico, sentencioso e intemporal– ha sido decisivo para mantener la vigencia de la obra, cuya actualidad, en contraste con los tratados anteriores, queda probada por su éxito editorial en época reciente. Los dos siguientes capítulos, dedicados respectivamente a la *Agudeza y arte de ingenio* (1648) y a *El Comulgatorio* (1655), exploran los márgenes de la escritura graciana antes de abordar el comentario de *El Criticón*. En el primero, “Universalidad de la agudeza e infinitud del ingenio”, Aurora Egido apunta que esta obra, en la línea de los viajes parnasianos, puede y debe estudiarse como uno de los mayores esfuerzos de glorificación del Siglo de Oro, pues en su curso son ponderados autores clásicos y modernos que, por su agudeza e ingenio, quedaron elevados a la categoría de inmortales conforme al juicio crítico del belmontino, quien se erige en exégeta y ejemplo máximo de este nuevo arte. Entre los principales méritos de unos y otros, destacaba la capacidad de descubrir lo que estaba oculto para luego divulgarlo a través de la palabra, convertida una vez más en certero instrumento de conocimiento. Junto a la agudeza verbal, el código conceptual del jesuita posibilitaba también, aplicado a las obras, la existencia de acciones ingeniosas, entre las que se incluían las misteriosas y alegóricas, o aquellas que aparecían en las empresas y jeroglíficos. De este modo, vida y literatura se daban la mano en un mundo cifrado y descifrado por medio de un sistema de conceptos que las vinculaba indisolublemente.

Acto seguido, “El camino real de *El comulgatorio*” recorre las páginas de un texto consagrado al arte de recibir la presencia real de Dios en la eucaristía. Con dicha obra, en cierto modo contrapuesta a *El Criticón*, el jesuita se internaba en los caminos que conducían al Padre a través de la vida, mostrando cómo, en última instancia, la elevación o rebajamiento del hombre dependía de su elección, puesto que por naturaleza su existencia discurría en un ámbito a caballo entre el cielo y la tierra. Este enfoque, que resultaba novedoso en su trayectoria al primar los aspectos relacionados con la eternidad (la vida celeste, más allá de la muerte, junto a Dios) frente a la inmortalidad, que se vinculaba, como vimos, con la fama y el recuerdo glorioso, no resultó suficiente, sin embargo, como demuestran sus continuos problemas con la Compañía de Jesús, para borrar o matizar al menos la perspectiva laicista que impregna casi por completo su literatura, pues cuando Baltasar Gracián, como a cada paso señala Aurora Egido, ofrece a los lectores en sus tratados los instrumentos necesarios para afrontar las encrucijadas vitales, prescinde sistemáticamente de la fe y de la tradición cristiana para recurrir, por el contrario, a la filosofía moral clásica como depósito de sabiduría. En otras palabras, con esta actitud ponía de manifiesto una cosmovisión donde el hombre caminaba en soledad y había de valerse por sí mismo para no perderse en el laberinto de la vida ante el silencio de Dios, cuya intervención directa en el mundo, propia de planteamientos teleológicos, no se consideraba siquiera –al modo de la ciencia moderna– en tanto que factor determinante de la realidad.

Para cerrar armónicamente el recorrido por la producción graciana, los últimos cinco capítulos se ocupan íntegramente de *El Criticón*, desde su génesis a la interpretación de su final abierto. En ellos Aurora Egido explica cómo la obra cumbre del jesuita, retomando las postrimerías de *El Discreto*, trazó el curso y el discurso de

RESEÑAS

la existencia humana valiéndose de los habituales mimbres de filosofía moral, a los que añadió el influjo de otras muchas disciplinas y géneros, como la épica en prosa, la sátira y la novela bizantina que, bajo el molde alegórico, convirtieron a *El Criticón* en un auténtico laberinto de erudición. Laberinto que la nueva académica disecciona con paciencia y primor en más de un centenar de páginas donde exhibe sus amplísimos conocimientos literarios, pues aunque la trayectoria vital de Andrenio y Critilo constituya el eje de la composición, no es menos cierto que las innumerables ramificaciones y bifurcaciones del estudio enriquecen un trabajo variado y sugerente cuyo alcance sobrepasa con creces las fronteras de la escritura graciana. Por esta vía, asuntos como el símbolo del laberinto, el recurso a la alegoría, la pedagogía jesuítica, la idea del mundo-libro, la armonía de las esferas, la Fortuna, la toposesia, la educación, la razón natural, la universalidad del mérito o la literatura sapiencial, entre otros muchos, reciben tratamiento particular al hilo del argumento, que permite también trazar la relación entre Gracián y la tradición occidental, desde Homero a Mateo Alemán, pasando por Giovanni della Casa o Alonso de Barros, quienes le precedieron dentro del discurso cortesano.

Superadas todas las encrucijadas vitales a través de las edades del hombre, Andrenio y Critilo alcanzan por fin las puertas de la mansión de la Eternidad, donde un insobornable portero les abre el paso, como quienes con su vida *–per aspera ad astra–* patentizaron el trabajo, el valor heroico y la virtud, y se hicieron por tanto merecedores de la isla de la Inmortalidad. Al término del viaje, circular y lineal al mismo tiempo, junto a los protagonistas marcha el Peregrino Inmortal, el propio Gracián, cuyo examen permite el repaso de toda la obra en un meditado ejercicio nemotécnico donde queda esbozado el camino de la sabiduría *–toda la gramática de vida propuesta en El Criticón–* que conduce a la postre a tan excelso final. Un final que, sin embargo, permanece abierto, como una invitación a los lectores, pues el belmontino, mediante puntos suspensivos, deja a Andrenio, Critilo y al Peregrino Inmortal ante la mansión eterna, sin que sepamos a ciencia cierta lo que allí vieron, pues: “quien quisiere saberlo y experimentarlo tome el rumbo de la virtud insigne, del valor heroico, y llegará a parar al teatro de la fama, al trono de la estimación y al centro de la inmortalidad”. Dicho camino, en fin, es aquel que la profesora Egido escogió hace ya tiempo al internarse en la obra de Baltasar Gracián, una de las más difíciles y complejas de nuestro Siglo de Oro, con cuyo estudio de conjunto *–a lo angosto por lo angosto–* ha traspasado en fecha reciente las puertas de la Real Academia para suceder a José Luis Borau en el sillón B de tan insigne casa, donde se cuenta ya, por méritos propios, entre los inmortales.